

# Prólogo



13 de agosto de 1946

Nada lo diferenciaba de la multitud, excepto el hecho de que no quería destacar. Pero mirándolo, nadie habría dicho precisamente eso. Sólo se veía un joven esquelético de ojos lobunos, muy parecido a los demás componentes del tropel de jóvenes que, finalizada la guerra, avanzaban dando empujones bajo el resplandor publicitario de las luces de los neones y el reclamo de las llamativas marquesinas. Se adivinaba que no era de la ciudad por su forma de mirar los anillos de humo que salían del anuncio de Camel que tenía por encima de su cabeza, pero eso no lo hacía especial. Era una apacible noche de verano y Times Square estaba llena de turistas.

Había necesitado un año para llegar hasta allí. Mucho tiempo, aunque parecía como si sólo hubiese transcurrido una semana desde que viera aquel sobado ejemplar de la revista *Life* en la que aparecía la fotografía de un chico norteamericano vestido de marinero, borracho después de que el presidente Truman anunciara que los japoneses se habían rendido, abalanzado sobre una en-

fermera con uniforme blanco para darle un orgásmico beso de paz. En cuanto la vio, supo dónde tenía que ir. Aquél era un país en el que los uniformes eran tan inocentes como la ropa infantil. Aquélla era una ciudad donde la gente podía lanzar gritos de alegría desde los tejados. Aquél era un lugar donde el amor se inclinaría sobre él para darle la bienvenida.

El halo inmaculado de la ingenuidad norteamericana seguía elevándose por encima de la «O» perfecta que formaba la boca del fumador. Sabía cómo funcionaba el tema porque había entablado amistad con un compañero de tripulación del barco, a quien había machacado a preguntas durante todo el trayecto. Los anillos tenían un diámetro de tres metros y no eran de humo, sino resultado del vapor acumulado por el sistema de calefacción del edificio, que quedaba almacenado en un contenedor situado detrás del anuncio. Cada cuatro segundos, un diafragma accionado mediante un pistón empujaba el vapor para que saliera a través del orificio. ¡Vaya país, vaya gente, poniendo su ingenio al servicio de esos fines!

Y ahora él era uno de ellos. Había pisado el muelle después de descender por la pasarela aquella misma mañana, un inmigrante, un novato, un refugiado. Había emergido del barracón de aduanas una hora después, cien por cien norteamericano. Y ni siquiera había tenido que mentir. Lo único que había tenido que hacer era guardar silencio. Había pasado casi veinticinco meses, setecientos cincuenta y tres días para ser exactos, guardando silencio.

*Silencio. No hables. No te muevas. Podrían oírnos.*